

la agitacion quebrantaron mis fuerzas: me apoyé contra un árbol para no caer en tierra y dejé vagar la vista por el cuadro que se desarrollaba á mis piés en la fatal pradera.

Hasta aquel momento creí que habia ya probado todas las copas de la amargura y de la hiel; no conocia aun la mayor de las desgracias, que es la de verme obligado por una fuerza moral, más poderosa que la de los acontecimientos, á renunciar voluntariamente, siendo dichoso, á la felicidad, y estando vivo, á la vida. Pocas horas antes nada me importaba morir; entonces yo no vivia; la suprema desesperacion es una falsa muerte, que hace desear la verdadera; pero yo me habia librado ya de esa desesperacion; recobré á mi adorada esposa María; mi muerta felicidad habia resucitado, digámoslo así; mi pasado se habia convertido en porvenir, y todos mis desvanecidos sueños habian vuelto á reaparecer más deslumbradores que antes; en una palabra, la vida de la juventud, del amor y los encantos se desplegaba otra vez ante mí en un inmenso horizonte. Podia volver á empezar esta vida; todo me invitaba á ello en mí y fuera de mí; ningun obstáculo, ninguna traba visible se oponian; era libre y era feliz, y sin embargo, me era indispensable morir. Apenas habia dado los primeros pasos por este Eden, un deber, que quizás no lo era, me obligaba á retroceder hácia el sitio del suplicio. La muerte no es sensible para el corazon marchito y helado por la adversidad; pero su mano es punzante y fria cuando cae sobre un corazon abierto y como recalentado por las alegrías de la existencia. Esta sensacion me causaba á mí, que salí por un momento del sepulcro, y en ese momento me embriagué de todo lo celestial que existe en la tierra, ¡del amor y de la libertad! y sin embargo, ¡me era indispensable volver á la tumba!

L.

¡Pasado el primer abatimiento del dolor, rabioso delirio se apoderó de mí y penetré á pasos agigantados en el valle, sintiendo la necesidad de abreviar mi suplicio. Presentéme en los puestos avanzados de los negros, que se sorprendieron al verme y se resistian á dejarme pasar. Casi tuve que suplicarles; dos de ellos se apoderaron de mí y se encargaron de presentarme á Biasson.

Entré en la gruta del jefe, que se ocu-

paba en probar algunos instrumentos de tortura que le rodeaban. Al ruido que hicieron los guardias al introducirme volvió la cabeza; mi presencia no le sorprendió.

—Ya ves en lo que me ocupo, me dijo, señalándome las horribles máquinas.

Yo permanecí sereno, pues ya conocia la barbarie del *héroe de la humanidad*, y estaba decidido á sufrirlo todo sin palidecer.

—¿No es verdad, me preguntó, asomando á sus labios su risa feroz, que Léogri pudo darse por dichoso muriendo ahorcado nada más?

Le miré con desden, sin responderle ni una palabra.

—Llamad al señor capellan, dijo entonces á un ayudante.

Permanecimos un rato en silencio, espiándome él, mirándole yo.

Entró entonces Rigaud muy agitado y habló en voz baja al generalísimo.

—Que se reúnan todos los jefes de mi ejército, le dijo tranquilamente Biasson.

Un cuarto de hora despues todos los jefes, con sus estrambóticos trajes, estaban reunidos delante de la gruta. Biasson se levantó.

—Escuchad, amigos! les dijo; los blancos vienen á atacarnos aquí mañana al amanecer; esta posicion es mala y es preciso abandonarla. Pongámonos todos en marcha al ponerse el sol y ganemos la frontera española.—Macaya, tú mandarás la vanguardia con tus negros cimarrones.—Padrejan, clavarás las piezas tomadas á la artillería de Pratole, porque no podrian seguirnos.—Los valientes de la Cruz de los Ramilletes seguirán á los de Macaya.—Toussaint irá detrás con los negros de Leogane y de Trou.—Si los griotes y las griotas hacen el menor ruido, se los recomiendas al verdugo del ejército.—El teniente coronel Cloud distribuirá los fusiles ingleses desembarcados en el Cabo Cabron y conducirá á los mulatos por los senderos de la Vista.—Si queda algun prisionero se le degollará; se morderán las balas, se envenenarán las flechas. Se arrojarán tres toneladas de arsénico en el manantial en que se surte de agua el campamento; los colonos creerán que es azúcar y beberán sin desconfianza.—Las tropas del Simbé, del Dondon y del Acul seguirán á Cloud y á Toussaint.—Obstruid con peñascos todas las avenidas de la pradera; cortad los caminos, incendiad los bosques.—Rigaud, vendreis á nuestro lado. Candi, reunid vuestra guardia al-

rededor de mí.—Los negros del Morne-Rouge formarán la retaguardia y no evacuarán la pradera hasta que salga el sol.

Se inclinó hácia Rigaud y le dijo al oido:

—Son los negros de Bug-Jargal. ¡Si el enemigo los exterminase aquí!—Ea, hermanos, añadió en voz alta: Candi os dará el santo y seña.

Los jefes se retiraron.

—General, dijo Rigaud, bueno seria remitir á la Asamblea el despacho de Juan Francisco. Nuestros asuntos van mal, y acaso esta medida logre contener á los blancos.

Biasson sacó el despacho del bolsillo, contestándole:

—Haces bien en recordármelo; pero tiene tantas faltas de gramática, como ellos dicen, que les hará reir.

Entonces me presentó el documento y me dijo:

—Quieres salvar la vida? Por última vez te lo pregunto. Ayúdame á corregir esta carta; te dictaré mis ideas y tú las corregirás en *estilo blanco*.

Hice con la cabeza un signo negativo; él se impacientó.

—Dices que no?

—Que no, le afirmé.

—Reflexiónalo bien, añadió insistiendo y mirando á los instrumentos de tortura.

—Rehuso despues de reflexionar. Veo que temes por tí y por los tuyos; esperas que ese despacho, dirigido á la Asamblea, retarde la venida y la venganza de los blancos; pues yo no deseo conservar mi vida, que acaso quizás pudiera servir para salvar la tuya. Manda que principie mi suplicio.

—Ah! jóven, replicó Biasson, parece que te familiarizas con estos juguetes (aludia á los instrumentos de tortura): lo siento, porque no tengo tiempo para que tú los pruebes. Esta posicion es peligrosa y me urge abandonarla. ¡Rehusas servirme de secretario! Haces bien, porque de todos modos no te hubiera salvado la caridad. Era imposible que vivieras siendo dueño de un secreto de Biasson; además, habia prometido tu muerte al señor capellan.

Se volvió hácia el obi, que acababa de entrar.

—Padre mio, ¿está dispuesta vuestra gente?

El obi respondió por medio de un signo afirmativo.

—Supongo que todos serán negros del

Morne-Rouge, porque esos son los únicos del ejército que no tienen que ocuparse en los preparativos de la partida.

El obi hizo otra señal de afirmacion.

Indicóme Biasson con el dedo la gran bandera negra que antes ya me llamó la atencion, y que estaba colocada en un rincón de la gruta.

—Esta bandera, me dijo, debe indicar á los tuyos el momento en que podrán dar tu charretera á tu subteniente. Entonces ya estaré yo en marcha; y... entre paréntesis: ¿qué te han parecido estos alrededores?

—He visto en ellos, respondí con frialdad, bastantes árboles para colgarte á tí y á todas tus hordas.

—Pues mira, respondió con forzada risa, un sitio hay que no has visto y que te enseñará nuestro *buen capellan*. Buenas noches. Memorias á Léogri.

Me saludó con su risa feroz, que me recordaba el silbido de la serpiente de cascabel; hizo un gesto, me volvió la espalda y los negros me sacaron de allí.

Nos acompañaba el obi, cubierto con el velo y con un rosario en la mano.

LI.

Marchaba entre dos filas de negros sin oponer resistencia, porque hubiera sido inútil. Trepamos á la cima escarpada de un monte, situado al Oeste de la pradera, donde descansamos un momento; desde allí miré por última vez al sol poniente, que ya nunca debia alumbrarme. Levantáronse mis guias y tuve que seguirlos. Descendimos á un pequeño valle, que me hubiera encantado en otra ocasion. Cruzábale de parte á parte un torrente que comunicaba al suelo benéfica humedad; aquel torrente, al llegar al extremo del valle, se precipitaba en uno de los lagos azules, que tan abundantes son en el centro de los cerros de Santo Domingo. ¡Cuántas veces, en tiempos más felices, me senté á meditar en las orillas de esos hermosos lagos, á la hora del crepúsculo, cuando su azul se trueca en sábana argentada, que el reflejo de las primeras estrellas cubre de lentejuelas de oro! Iba á llegar esta hora, pero yo ya no podia esperarla. ¡Qué hermoso me pareció aquel valle! Veíanse en él plátanos con flores de arce, de una exuberancia y altura prodigiosas; frondosas espesuras de *marrutias* (especie de palmeras que excluye toda otra vegetacion á su sombra); datileros, magnolias de ancho cáliz, grandes catalpas, osten-

tando sus bruñidas y recortadas hojas entre los racimos de oro de los abenuces. Verdes cortinas de enredaderas ocultaban á la vista las pardas laderas de los inmediatos peñascos. Elevábase de todos los puntos de aquel suelo virgen un perfume primitivo, como el que debió respirar el primer hombre al brotar las primeras rosas del Eden. Caminábamos á lo largo de un sendero sobre la orilla del torrente, y ví con sorpresa que aquel sendero terminaba al pié de unas rocas cortadas á pico, en las cuales habia una abertura en figura de arco, de donde saltaba el torrente, y ruido sordo y viento impetuoso salian de aquel arco, formado por la naturaleza. Los negros siguieron por la izquierda una senda tortuosa y desigual, que parecia cubierta por las aguas de un torrente desecado desde tiempo inmemorial. Los negros me hicieron entrar en una bóveda medio tapada por los acebos, los espinos y los zarzales que en el suelo crecian; ruido semejante al del arco del valle se oia bajo esa bóveda. Apenas dí el primer paso dentro del subterráneo, el obi se me acercó y me dijo con acento extraño:

—Oye lo que voy á profetizarte ahora; uno solo de nosotros dos saldrá de esta bóveda y volverá á deshacer el camino.

Ni siquiera me digné responderle; entre tanto seguíamos avanzando en la oscuridad; el ruido cada vez era más atronador; ni siquiera oíamos nuestros propios pasos; creí que debia producir aquel ruido una catarata, y no me equivoqué.

Después de diez minutos de marcha entre tinieblas llegamos á una especie de plataforma interior, formada por la naturaleza en el centro de la montaña. Casi toda la plataforma semicircular estaba inundada por el torrente, que brotaba de las venas del monte con ruido espantoso. Encima de esta sala subterránea formaba la bóveda una especie de cúpula, tapizada de yedra de color amarillento. Cruzaba esta bóveda en casi toda su anchura una grieta por la cual penetraba la luz del dia, y cuyo borde estaba coronado de arbustos verdes, que doraban en estos momentos los rayos del sol. A la extremidad del Norte de la plataforma perdiase con extruendo el torrente en una sima, en cuyo fondo parecia flotar, sin poder penetrar en él, la vaga claridad que venia de la grieta. Sobre el abismo se inclinaba un árbol centenario; sus ramas más altas se mezclaban con la espuma de la cascada, y

su nudosa raiz atravesaba el peñasco á uno ó dos piés bajo la orilla. Este árbol, que bañaba á un mismo tiempo en el torrente la copa y las raices, que proyectaba sobre el abismo como un brazo descarnado, estaba tan desnudo de verdura, que era imposible conocer su especie. Presentaba dicho árbol singular fenómeno; solo la humedad que impregnaban sus raices le impedia marchitarse, mientras que la violencia de la catarata le arrancaba sucesivamente sus nuevos retoños, obligándole á conservar eternamente las mismas ramas.

LII.

Paráronse los negros en aquel sitio terrible y conocí que era llegada ya la hora de mi muerte.

Entonces, cerca de aquel abismo, en el cual, por decirlo así, me precipitaba voluntariamente, volvió á asaltar á mi alma la imágen de la felicidad, á la que pocas horas antes habia renunciado, como una reconvenccion interior, casi como un remordimiento. Suplicar hubiera sido indigno de mí; pero, sin embargo, de mis labios brotó una queja.

—Amigos, dije á los negros que me rodeaban, bien podeis conocer que es muy triste morir á los veinte años, lleno de fuerza y de vida, siendo amado de las personas á quienes se ama y dejando en pos de sí ojos que llorarán hasta que se cierren para siempre.

Horrible carcajada respondió á mis palabras; el obi era el que reia. Aquella especie de espíritu maligno, aquel sér impenetrable, se me aproximó bruscamente.

—Já! já! já! Sientes perder la vida! Alabado sea Dios! Que no temieras la muerte era lo único que me affigia.

Aquella voz, aquella risa eran las mismas que yo habia oido en alguna parte.

—Miserable! le pregunté, quién eres?

—Vas á saberlo, respondió con acento terrible, y apartando el sol de plata que cubria su negro pecho, "Mira,, me dijo.

Me incliné hácia él y ví dos nombres grabados en el velludo seno del obi con letras blanquizecas, señales infames é indelebles que imprimia un hierro ardiente en el pecho de los esclavos: uno de aquellos nombres era *Effingham* y el otro el de mi tío, el mio, *Auvernery*. Quedé mudo de sorpresa.

—Leopoldo de Auvernery, me preguntó, tu nombre no te indica el mio?

—No, respondí asombrado de oír mi nombre en boca de este hombre y procurando coordinar mis recuerdos. Esos dos apellidos solo los he visto juntos en el pecho del bufon, pero éste ya murió, y además el infeliz nos queria. Tú no puedes ser Habibrah.

—Pues soy el mismo, vociferó con acento formidable, y levantando la sangrienta gorra, dejó caer el velo que le cubria, presentando á mi vista el deformado semblante del enano: á la especie de loca alegría que le era habitual, habia sucedido en él una expresion amenazadora y siniestra.

—Gran Dios! exclamé; ¿es posible que salgan los muertos de los sepulcros? ¡Es Habibrah, el bufon de mi tío!

El enano llevó la mano al puño del puñal y me dijo con sorda voz:

—Su bufon y su asesino.

Retrocedí con horror algunos pasos.

—Su asesino! Malvado! ¿de ese modo has recompensado sus bondades para contigo?

—Sus bondades! Sus injurias has de decir, me contestó.

—Conque tú fuiste el que le asesinó!

—Yo, me repitió con expresion horrible. Le clavé tan profundamente este puñal en el corazon, que apenas le dejé tiempo para salir del sueño y para entrar en la muerte. Solo pudo decir con voz apagada: Ven, ven, Habibrah! y en efecto, *fui*.

Su atroz relato, su cínica sangre fria me llenaron de horror.

—Cobarde, asesino! ¿cómo pudiste olvidar sus favores? Comias cerca de su mesa, dormias cerca de su lecho...

—Como un perro, me interrumpió bruscamente Habibrah, como un perro. Harto presentes tuve sus favores, que fueron otras tantas afrentas. Me vengué de él y me voy á vengar de tí. Escucha.—¿Crees que por ser mulato, enano y deforme, yo no soy hombre? Yo tengo un alma, y un alma más fuerte y mejor templada que la que voy á arrancar de ese cuerpo de mujer. Fui regalado á tu tío como si yo fuese un tití, para divertirle, para hacerle reir. Dices que me profesaba afecto y que me concedia un lugar en su corazon; sí, entre su mono y su papagayo. Yo le he abierto otro con mi puñal.

Yo estaba estremecido, horrorizado.

—Sí, continuó el enano, yo soy! yo! Mirame bien, Leopoldo de Auvernery! ¡Bastante te has reido de mí; ahora tiembala! ¿Por qué me recuerdas la vergonzosa predileccion de tu tío por el que llamaba su bufon? ¡Qué predileccion, *bon Giv!* Cuando entraba yo en vuestros salones solo oia desdeñosas risotadas; mi estatura, mis deformidades, mis facciones, mi ridículo vestido, hasta las crueles dolencias de mi naturaleza, todo en mí era objeto de las burlas de tu execrable tío y sus execrables amigos. Y yo ni aun podia callar, era necesario que tambien mi risa se confundiese con las que yo provocaba. Dime, ¿crees que semejantes humillaciones sean un título de gratitud para la criatura humana? ¿Crees que no equivalen á las miserias de los demás esclavos, los trabajos continuos, los ardores del sol, los cepos de hierro y los látigos de cuerda? ¿Crees que no bastan á engendrar en un corazon de hombre odio ardiente, implacable, eterno, como el sello de infamia que marca mi pecho? ¡Qué corta ha sido mi venganza, comparada con tan largo sufrimiento! Quisiera haber podido hacer sufrir á mi odioso tirano todos los tormentos que renacian para mí todos los dias. Quisiera que hubiera conocido antes de morir toda la amargura del orgullo herido y hubiera sentido los surcos que abren las lágrimas de vergüenza y de rabia en un rostro condenado á risa perpétua. Desespera haber esperado tanto tiempo la venganza y ver que termina de una sola puñalada; al menos hubiera podido saber de quién era la mano que le heria; pero aguardaba yo con demasiada impaciencia oír su último extor; le hundí demasiado pronto el puñal, y murió sin reconocerme, y mi furor me robó el placer de la venganza. Al menos ahora será más completa. ¿Me ves bien? Porque debe costarte trabajo reconocerme como me presento ante tí; siempre me viste alegre y risueño; ahora que ya nada me impide que asome el alma á los ojos, no te debo parecer ya el mismo. Tú solo conocias mi máscara; ahora puedes ver ya mi semblante.

Al decir estas palabras el enano estaba horrible.

—Mónstruo! exclamé, te equivocas; aun se trasluce tu antiguo oficio de bufon en la atrocidad de tus facciones y de tu alma.

—No hables de atrocidades; acuérdate de la crueldad de tu tío.

—Miserable! Si mi tío era cruel, tú tenias la culpa. Compadeces la suerte de los infelices esclavos; pero, ¿por qué empleabas entonces contra tus hermanos el influjo que debias á la debilidad

de tu amo? ¿Por qué no intercediste jamás en favor de ellos?

—Me guardaba bien de interceder. ¿Había de impedir yo que un blanco se manchase con una atrocidad? No, no. Al contrario, le excitaba á redoblar los malos tratamientos con sus esclavos, con la idea de acelerar la hora de la rebelion, con el fin de que el exceso de tiranía acabase por engendrar la venganza. Perjudicando á mis hermanos servía á su causa.

Confundido quedé al oír esta profunda combinacion del odio.

—Dime, continuó el enano, ¿te parece que supe meditar y ejecutar? ¿Qué te parece del bufon Habibrah, del esclavo de tu tío?

—Acaba tu obra, le dije; hazme morir, pero pronto.

El enano púsose entonces á pasear por la plataforma, frotándose las manos.

—Y si no quiero apresurarme? ¿Y si quiero saborear lentamente tu agonía? Mira, Biasson me debía una parte del botin del último saqueo, pero apenas te ví en el campamento de los negros, solo le pedí tu vida; me la concedió y ahora es mía, y me divierto con ella. Pero tranquilízate, no tardarás en seguir á esa cascada en el abismo; pero quiero que sepas antes que, habiendo descubierto la gruta en que está escondida tu mujer, le inspiré hoy á Biasson la idea de hacer incendiar el bosque, cuyo incendio debe haber empezado ya. Así queda extinguida tu familia. ¡A tu tío le mató el hierro, á tí te matará el agua y á María el fuego!

—Miserable! miserable! grité, haciendo un movimiento para arrojarme sobre él.

Habibrah se volvió hácia los negros y les dijo:

—Ea, atadle; quiere morir antes de tiempo.

Entonces los negros empezaron á atarme con cuerdas que habian traido; de repente me pareció oír los ladridos lejanos de un perro, y yo tomé ese ruido por una ilusion producida por el mugido de la catarata. Los negros acabaron de atarme y me aproximaron al abismo que debía engullirme. El enano, cruzado de brazos, me miraba con alegría triunfante. Levanté los ojos hácia la grieta, por huir de la odiosa vista de Habibrah y por mirar al cielo por última vez. En este momento se oyó un ladrido más fuerte y más próximo; la cabeza enorme de Rask salió por la abertura. Me estremecí. El enano gritó: Vamos! y los ne-

gros, que no habian oído los ladridos del perro, se prepararon á precipitarme en el abismo.

LIII.

Compañeros! gritó una voz tonante. Volviéronse todos de repente; era Bug-Jargal, que apareció en el borde de la grieta, flotándole sobre la cabeza su pluma roja.

—Compañeros, deteneos! repitió.

Los negros se prosternaron; el jefe les dijo:

—Yo soy Bug-Jargal.

Los negros dieron en el suelo con la frente, lanzando gritos cuya expresion no era fácil comprender.

—Desatad al prisionero, gritó su jefe.

El enano volvió en sí entonces del estupor que se apoderó de él ante la aparicion inesperada del esclavo de mi tío y detuvo bruscamente el brazo de los negros, que iban ya á cortar las cuerdas que me oprimian.—Qué vais á hacer? gritó, y luego, levantando la cabeza y mirando á Bug-Jargal, le preguntó:

—Jefe del Morne-Rouge, ¿qué venís á hacer aquí?

Bug-Jargal le respondió:

—Vengo á ponerme al frente de mis hermanos.

—Negros son estos, en efecto, del Morne-Rouge, repuso el obi con rabia concentrada; ¿pero con qué derecho disponéis de mi prisionero?

El jefe respondió:

—Yo soy Bug-Jargal.

Los negros golpearon el suelo con sus frentes por segunda vez.

—Bug-Jargal, replicó Habibrah, no puede deshacer lo que hizo Biasson, y Biasson me entregó este blanco; quiero que muera y morirá.—Obedecedme; arrojadle al abismo.

A la voz poderosa del obi los negros se levantaron y dieron un paso hácia mí.

—Desatad al prisionero, les mandó imperiosamente su jefe.

En un abrir y cerrar de ojos me ví libre; mi sorpresa fué tan grande como la rabia del enano; quiso éste arrojarse sobre mí, pero los negros le detuvieron, y su furia se desahogó en imprecaciones y en amenazas.

—Miserables, rehusais obedecerme! desconocéis mi voz!... ¿Por qué perdí el tiempo en oír á ese maldito? ¿Por qué no le hice arrojar en seguida á los peces del Báratro? ¿Por querer una venganza

completa la pierdo! Rabia de Satanás!... ¡Si me desobedeceis, si no precipitais en el torrente á ese execrable blanco, os maldigo!... Encanecerán vuestros cabellos; los cínifes y los mosquitos os comerán vivos; vuestros brazos y piernas se quebrarán como juncos; el aliento vuestro os quemará las gargantas como abrasadora arena; morireis pronto, y vuestras almas serán condenadas á dar vueltas eternamente á una rueda de molino grande como una montaña, en la luna, donde hace mucho frio.

Esta escena producía en mí singular efecto. Unico de mi especie en esta caverna húmeda y negra, rodeada de negros semejantes á demonios, meciéndome al borde de aquel abismo insondable, empujado á él por el repugnante enano, por el deforme hechicero, cuyo traje pintarrajeado y cuya mitra puntiaguda dejaba apenas ver la última luz del día; protegido por el gigante negro, que se me apareció por el único punto por el que se veía el cielo, me parecia que me encontraba en las puertas del infierno, esperando la perdicion eterna ó la salvacion de mi alma, y asistiendo á una lucha obstinada entre mi ángel bueno y mi ángel malo.

Las maldiciones del obi aterraron á los negros; éste quiso aprovecharse de su situacion, y les dijo:

—Quiero que el blanco muera: obedeceréis y moriré.

Bug-Jargal respondió gravemente:

—El blanco vivirá: soy Bug-Jargal; mi padre era rey en el país del Congo y administraba justicia en el dintel de la puerta de su casa.

Los negros se prosternaron otra vez. El jefe continuó:

—Hermano, id á decir á Biasson que no haga ya desplegar en la cumbre de la montaña la bandera negra que debía anunciar á los blancos la muerte de este prisionero, porque este prisionero salvó la vida á Bug-Jargal, y Bug-Jargal quiere que viva.

Los negros se levantaron entonces; el hijo del rey del Congo arrojó entre ellos su pluma roja. El jefe del destacamento cruzó los brazos sobre el pecho y recogió el penacho respetuosamente; luego se fué, seguido de otros negros, sin pronunciar una palabra. El obi desapareció en las tinieblas de la avenida subterránea.

No trataré de describiros, señores, la situacion en que me encontraba. Fijé en Pierrot mis ojos húmedos, mientras éste

me contemplaba con singular expresion de gratitud y de altivez.

—Loado sea Dios! dijo: ¡al fin ya estás libre! Hermano, vuélvete por donde viniste, que ya nos encontraremos en el valle.

Saludóme con la mano y desapareció.

LIV.

Ansioso de acudir pronto á esta cita para saber por qué maravillosa providencia acudió tan á tiempo á aquel sitio mi salvador, me disponia á salir de la espantosa caverna, en la que aun me esperaban otros peligros. Al dirigirme hácia la galería subterránea, un obstáculo imprevisto de repente me cortó el paso; era Habibrah. El rencoroso obi no se habia marchado con los negros, como yo creia, sino que se ocultó detrás de un pilar de rocas, esperando el momento propicio para realizar su venganza, y este momento habia ya llegado. De súbito se me apareció el enano, lanzando una carcajada. Yo estaba solo y desarmado; en su mano brillaba un puñal, el que le servía de crucifijo. Al verlo, retrocedí involuntariamente.

—Já, já, maldito, creias escaparte, exclamó, pero el bufon es más astuto que tú. Estás en mi poder y esta vez no quiero hacerte esperar; no por eso te aguardará en vano tu amigo Bug-Jargal, porque irás al valle... pero arrastrado por las aguas del torrente.

Así hablando, se arrojó sobre mí con el puñal levantado.

—Mónstruo! le dije retrocediendo; hace poco eras un verdugo, ahora eres un asesino.

—Quiero vengarme! me respondió, rechinando los dientes.

Me encontraba en este instante en el borde del precipicio; se lanzó bruscamente sobre mí, con el fin de arrojarme á él en cuanto me traspasara de una puñalada; pero yo pude esquivar este choque y él resbaló sobre el musgo que barnizaba los peñascos húmedos, le faltó el pié y rodó por la pendiente que lamian las olas.

—Mil demonios! grito rugiendo, y cayó en el abismo.

Creo haberos dicho que una de las raíces del añoso árbol salía por entre la hendidura de granito, un poco más abajo de la orilla.

El enano la encontró al caer; su recamado jubon se enredó con los nudos de la raíz, y apoderándose de este último

apoyo, se aferró á él con extraordinaria energía. La mitra se le desprendió de la cabeza, tuvo que abandonar el puñal, y el arma del asesino y la gorra de cascabeles del bufon desaparecieron juntas en las profundidades de la catarata.

Habibrah, suspendido sobre el abismo horrible, empezó forcejeando á ver si podía ganar la plataforma, pero sus cortos brazos no podían alcanzar la arista de la escarpadura, y sus uñas se gastaban en impotentes esfuerzos para hendir la superficie glutinosa de la roca, que parecía desplomarse sobre el tenebroso abismo, y aullaba de rabia.

Por poco que yo le hubiera empujado hubiera caído, pero ni un solo momento me ocurrió la idea de cometer semejante villanía; me pareció que mi proceder le conmovía. Dando las gracias al cielo por la salvación que tan inesperadamente me proporcionaba, me decidía á abandonar á Habibrah á su suerte é iba ya á salir de la sala subterránea, cuando oí de pronto salir del abismo la voz del enano, dolorosa y suplicante.

—¡Amo mio, gritaba, amo, no os vayais por el amor de Dios! ¡No dejéis morir impenitente y culpable á una criatura humana que podeis salvar! Ay! Las fuerzas me faltan; la rama se me escurre entre las manos, el peso de mi cuerpo la rompe, voy á soltarla ó vá á quebrarse. Ay! el abismo horrible dá vueltas bajo mis piés... ¿No tendreis piedad de vuestro pobre bufon? Es muy culpable, pero probadle que los blancos son mejores que los mulatos, que los amos son mejores que los esclavos.

Acerquéme al precipicio casi conmovido, y la ténue claridad que descendía de la hendidura me hacia ver en el rostro asqueroso del enano una expresion que en él no habia visto jamás, la de la súplica y la de la angustia.

—Señor Leopoldo, continuó alentado por el movimiento de compasion que no pude reprimir, ¿es posible que un sér humano vea á su semejante en trance tan terrible y pudiéndole socorrer no le socorra? Tendedme la mano, amo mio; por poco que me ayudeis me salvaré. Sostenedme, por compasion! Mi gratitud igualará á mis crímenes.

Le interrumpí diciéndole:

—Desgraciado! No me los recuerdes!

—Los recuerdo para detestarlos, amo mio, respondió llorando. ¡Ah, sed más generoso que yo! Cielos! ¡las fuerzas me faltan! yo caigo! La mano! dadme la mano! en nombre de la madre que os dió el sér!...

Desgarrador era su acento, que retrataba su agonía y su terror. Al oírle todo lo olvidé; ya no fué para mí ni un enemigo, ni un traidor, ni un asesino, sino un desgraciado, al que un ligero esfuerzo de mi parte podía librar de una muerte espantosa. Toda palabra hubiera sido entonces inútil y ridícula; la necesidad del auxilio era urgente. Así, pues, me agaché, y arrodillándome al borde del abismo, apoyando una mano en el tronco del árbol, cuya raíz sostenía al infortunado Habibrah, le alargué la otra mano que me quedaba libre... asíola apenas pudo con sus dos manos con fuerza prodigiosa, y en vez de prestarse al movimiento de ascension que trataba de imprimir á su cuerpo, ví que forcejeaba para arrastrarme consigo al abismo. Si el tronco del árbol no me hubiera prestado un apoyo tan sólido, la violenta é inesperada sacudida que me dió el enano me hubiera arrancado del borde del abismo.

—Malvado! le grité, qué haces?

—Vengarme! me contestó lanzando una extrepitosa carcajada. ¡Al fin te tengo en mis manos, imbécil! ¡Tú mismo te entregas!... Si te hubieras marchado, yo estaba perdido, y te metes sin necesidad en la boca del caiman, porque gimió despues de haber rugido. Me consuelo ya, porque muriendo logro mi venganza. Caiste en la trampa.

—Traidor! le dije tirando de su mano con todas mis fuerzas, ¡así me recompensas de haberte querido salvar del riesgo!

—Sí, me contestó; sé que hubiera podido salvarme contigo, pero prefiero que perezcamos los dos; prefiero tu muerte á mi vida. Ven!

Sus dos manos bronceadas y callosas se clavaban en la mia con inaudito esfuerzo; sus ojos llameaban, su boca arrojaba espuma; sus fuerzas, que lamentaba perdidas un momento antes, se habian triplicado, exaltadas por la rabia y la venganza; sus piés se apoyaban como dos palancas en las paredes perpendiculares de la peña y brincaba como un tigre sobre la raíz, que, enganchada en sus vestidos, le sostenía á pesar suyo, porque hubiera querido romperla con el objeto de tirar de mí con todo su peso y de arrastrarme más pronto.

Encontróse felizmente una de mis rodillas en una gran raja del peñasco; mi brazo se habia incrustado, por decirlo así, en el árbol que me servia de apoyo, y luchaba yo contra los esfuerzos de Habibrah con la energía que solo pue-

LV.

Me quedé rendido de escena tan espantosa, de lucha tan desesperada, de desenlace tan terrible; perdí las fuerzas y el conocimiento. La voz de Bug-Jargal me reanimó.

—Hermano, exclamó, apresúrate á salir de aquí: dentro de media hora se pondrá el sol; voy á esperarte allá abajo. Sigue á Rask.

Las palabras de este leal amigo me hicieron recobrar á un tiempo la esperanza, el ánimo y el valor. Penetró el perro rápidamente en la avenida subterránea; yo le seguí, sirviéndome sus ladridos de guía en la oscuridad. Al cabo de algunos minutos volví á ver la luz del día; llegamos por fin á la salida y ya pude respirar con libertad. Al salir de la bóveda húmeda y negra recordé el vaticinio que me hizo el enano al entrar en ella:

“Solo uno de los dos saldrá de esta bóveda y volverá á pasar por este camino.” Sus esperanzas se frustraron, pero el vaticinio se realizó.

LVI.

En cuanto llegué al valle me encontré con Bug-Jargal; me arrojé en sus brazos y en ellos permanecí largo rato, teniendo mil preguntas que dirigirle y sin poder pronunciar una palabra.

El fué el primero que habló, diciéndome:

—Tu esposa María está ya en seguridad. La he depositado en el campamento de los blancos, en manos de un pariente tuyo, que manda los puestos avanzados; quise entregarme prisionero por temor de que fusilasen á diez negros que responden de mí con sus cabezas. Tu pariente me dijo que huyera é hiciese todo lo posible por evitar tu muerte; que no ejecutarian á los diez negros si á tí no te ejecutaban, lo que anunciaría Biasson enarbolando una bandera negra en lo alto de las montañas. Entonces corrí á buscarte. Rask me condujo y llegué á tiempo, gracias á Dios! Tú vivirás y yo tambien.

Tendiéndome la mano, me preguntó:

—Estás satisfecho de mí?

Estreché otra vez cariñosamente en mis brazos al insigne Pierrot; pedile que nunca se separara de mí, que quedase conmigo entre los blancos, y le prometí

de dar el sentimiento de la propia conservación en tan angustiosos momentos. De vez en cuando hacia un penoso esfuerzo y gritaba cuanto podía: ¡Bug-Jargal! pero la distancia y el estruendo de la cascada me quitaban la esperanza de que pudieran oírme.

El enano, que no creía que yo pudiera resistirme tanto, redoblaba sus furiosas sacudidas; comenzaba á perder las fuerzas, aunque aquella lucha duró menos tiempo del que se necesita para describirla; tensión insoportable paralizaba mi brazo; turbábase la vista; lívidos y confusos resplandores cruzaban por delante de mí; zumbábanme los oídos; percibía crugir la raíz, próxima á romperse, y oía la risa del monstruo que iba á arrastrarme consigo, y me parecía que el abismo bramaba sordamente y que se acercaba á mí.

Antes de abandonarme al cansancio y á la desesperacion, probé el postrer recurso; recogí las pocas fuerzas que me quedaban y grité: *Bug-Jargal!* Esta vez me respondió un ladrido, volví los ojos y reconocí á Rask. Bug-Jargal y su perro se hallaban en el borde de la ancha grieta. No sé si oyó mi voz ó, si inquieto por mi tardanza, volvió á buscarme. Vió mi peligro y exclamó:

—No cejes!

Habibrah, temiendo que me salvara, gritaba, echando espumarajos por la boca:

—Ven! ven! recogiendo el resto de su vigor natural para acabar de una vez.

En este momento mi brazo, rendido, se desprendió del árbol en que se apoyaba; mi muerte era ya segura, cuando sentí que me cogian por detrás; Rask fué mi libertador. A una señal de su amo, saltó desde la hendidura á la plataforma, y sus dientes me sostenian fuertemente de los faldones de la casaca: este inesperado socorro me salvó la vida. Habibrah habia gastado las fuerzas que le quedaban en su último esfuerzo, y yo reuní las mias para arrancarme de sus manos: sus dedos, embotados y tiesos, tuvieron que soltarme al fin; la raíz, castigada durante largo tiempo, se quebró bajo su peso; y mientras Rask me tiraba con violencia hácia atrás, el miserable Habibrah se hundió en la espuma de la sombría catarata, lanzándome una maldicion, que yo no acabé de oír porque espiró con él en el abismo.

Tal fué el fin del bufon de mi tío.

un grado en el ejército de la colonia. Pero él me contestó con indómita fiereza:

—¿Te propongo yo acaso que vengas á alistarte en nuestras filas?

Conoció la impertinencia de mi proposición y callé. Pierrot añadió con afectuosa alegría:

—Vamos, vamos pronto á ver y á tranquilizar á tu esposa.

Esta proposición satisfacía una necesidad dulcísima de mi alma; levantéme radiante de alegría y partimos. Pierrot conocía el camino y marchaba delante de mí; Rask nos seguía.

Auvernery, al llegar á este punto de su relato, se paró y echó una mirada sombría alrededor de sí; gruesas gotas de sudor cubrían su frente, y ocultó el rostro con la mano. Rask le miraba con aire inquieto.

—Sí, de ese modo me mirabas! murmuró el capitán con voz desfallecida.

Un instante después se levantó violentamente agitado y salió de la tienda de campaña. El sargento y el dogo le acompañaban.

LVII.

Apostaría cualquier cosa, gritó Enrique, que que nos aproximamos á la catástrofe. Sentiría que le sucediese algun percance á Bug-Jargal, porque era todo un hombre.

Separó Paschal de la boca el cuello de la botella forrada de mimbre y dijo:

—Yo hubiera dado por mi parte doce cestos de botellas de Oporto por ver la nuez de coco que vaciaba de un solo trago.

Alfredo, que en aquel momento pensaba en una sonata para tocar en la guitarra, suplicó al teniente Enrique que le afirmara sus agujetas, y dijo:

—Ese negro es muy interesante; pero se me olvidó preguntarle á Auvernery si sabe la canción de la hermosa Padilla.

—Mucho más interesante es Biasson, repuso Paschal; su vino alquitranado no debía valer gran cosa, pero á lo menos ese hombre sabía lo que era un francés. A caer yo prisionero suyo, me hubiera dejado crecer los bigotes para que me prestase algunos pesos fuertes sobre ellos, como la ciudad de Goa al capitán portugués. Os confieso que mis acreedores son más bárbaros que Biasson.

—A propósito, capitán; aquí teneis los

cuatro luises que os debo, repuso Enrique, arrojando su bolsa á Paschal.

Miró Paschal asombrado á su generoso deudor, que hubiera podido con más justo título llamarse su acreedor. Enrique continuó hablando:

—Veamos, señores, ¿qué pensais de la historia que nos está contando el capitán?

—Yo, contesté Alfredo, si he de deciros la verdad, no he escuchado con mucha atención, pero confieso que esperaba algo más interesante de ese soñador de Auvernery. Hay en dicha relación una romanza en prosa y no me gustan las romanzas en prosa, porque ¿cómo se cantan? En una palabra, la historia de Bug-Jargal me fastidia, porque es demasiado larga.

—Teneis razón; repitió Paschal: es demasiado larga. A no tener en la mano la pipa y el frasco, hubiera pasado una mala noche. Hay en ella cosas absurdas. ¿Cómo creer, por ejemplo, que el bufón malvado quiera, por ahogar á su enemigo, ahogarse él también?

Enrique le interrumpió sonriendo:

—Sobre todo en agua; ¿no es verdad, capitán Paschal? A mí lo que más me divertía durante el relato de Auvernery era ver cómo su perro cojo levantaba la cabeza cada vez que pronunciaba el nombre de Bug-Jargal.

—Ese perro hacia lo contrario, contestó Paschal, que las infelices y antiguas nodrizas de Celadas, cuando el predicador pronunciaba el nombre de Jesús. Un día penetré en la iglesia con una docena de coraceros y...

El ruido que hizo el centinela con el fusil les advirtió que Auvernery volvía á la tienda de campaña y todos callaron. Paseóse el capitán algun tiempo silencioso y cruzado de brazos. Tadeo, que volvió á sentarse en el rincón de antes, le observaba á hurtadillas y hacia como si se ocupase solo de acariciar á Rask, para que el capitán no notase su inquietud.

Auvernery prosiguió su historia en los términos siguientes:

LVIII.

Rask nos seguía: el sol no iluminaba ya ni los más altos peñascos: de repente vimos aparecer y desaparecer en el horizonte un resplandor rojizo. Extremecióse Pierrot y me apretó con fuerza una de mis manos.

—Escucha, me dijo.

Un ruido sordo, parecido á la descarga de una pieza de artillería, retumbó entonces en el valle, prolongado por el eco á inmensa distancia.

—Es la señal! exclamó con voz sombría. ¿Ha sido un cañonazo, no es verdad?

Yo hice un signo afirmativo.

En dos saltos se encaramó en una roca elevadísima; yo imité su ejemplo. Cruzó los brazos y sonrió con amargura.

—Mira, me dijo.

Tendí la vista hácia el lado que me indicaba y ví, sobre la cumbre que me enseñó durante mi entrevista con María, que flotaba sobre ella el estandarte negro. Luego supe que Biasson, impaciente por desocupar el sitio que ocupaba, hizo enarbolar el estandarte antes de la vuelta del destacamento que debía ejecutar mi sentencia.

Permanecía inmóvil Bug-Jargal, en pié, con los brazos cruzados y contemplando la lúgubre bandera. De repente se volvió hácia mí y dió algunos pasos para descender del peñasco.

—Dios poderoso! ¡desdichados compañeros míos! Has oído el cañonazo? me preguntó.—Yo no respondí.—Pues bien, esta era la señal. Ahora los conducen al suplicio.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y, acercándose más á mí, me dijo:

—Marcha á encontrar á tu esposa; Rask te conducirá.

Silbó una canción africana y el perro empezó á menear la cola y á hacer como si quisiera dirigirse á un punto determinado del valle. Bug-Jargal me tomó la mano y se esforzó por sonreír, pero su sonrisa era convulsiva.

—Adios! gritó con voz sonora, y se perdió, corriendo por entre los espesos árboles que nos rodeaban.

Quedé petrificado; lo poco que comprendía de la escena que acababa de pasar ante mí me hacia presagiar todo género de desdichas.

Rask, al ver desaparecer á su amo, se adelantó hasta el borde del peñasco y sacudió la cabeza, lanzando aullido lastimero. Volvió á mí bajando la cola y con los ojos húmedos; me miró con aire inquieto, y después volvió al sitio de donde se marchó Pierrot y siguió ladrando largo rato. Comprendí lo que quería decir el pobre animal, porque yo experimentaba el mismo temor que él. Dí algunos pasos hácia su lado, y entonces echó á correr como un rayo, siguiendo las huellas de Bug-Jargal; y

pronto le hubiera perdido de vista, aunque corria mucho yo también, si de vez en cuando él no se parara para que yo tuviera tiempo de alcanzarle. Atravesamos así muchos valles, franqueamos colinas cubiertas de arboleda; por fin...

La voz de Auvernery se iba apagando por momentos, y sombría desesperación se pintó en sus facciones, pudiendo apenas articular las siguientes palabras:

—Prosigue tú, Tadeo, la relación, que á mí no me quedan fuerzas para continuar.

El veterano sargento no estaba menos conmovido que el capitán; sin embargo, hizo lo que pudo por obedecerle.

—Con vuestro permiso... empezó á decir Tadeo tomando el hilo de la relación. Debo deciros, señores oficiales, que aunque Bug-Jargal, alias Pierrot, era un negro gigantesco, muy afable, muy intrépido y el mejor hombre del mundo —después de vos, mi capitán,—no simpatizaba yo con él, lo que nunca me perdonaré, aunque mi capitán ya me lo ha perdonado. Es el caso, señores, que habiendo oído anunciar la muerte de mi capitán para la tarde del segundo día, me enfurecí de tal modo contra ese negro, que le participé con placer verdaderamente infernal que él, ó diez negros, irían á acompañaros al otro mundo, fusilados como en represalias, según se dice. Al oír esta noticia no me contestó ni una palabra, pero se escapó por un gran agujero.

Auvernery hizo un gesto de impaciencia; Tadeo prosiguió:

—Adelante. Cuando vimos la bandera negra en lo alto de la montaña y que Pierrot no había regresado, lo que, con permiso vuestro, no nos admiraba, disparamos el cañonazo de aviso, y yo fuí el encargado de conducir á los diez negros al sitio de la ejecución, llamado la Boca del Gran Diablo, que dista del campamento... cerca de... pero eso no hace al caso. Al llegar á aquel punto, comprendereis, señores, que no fué para dejarlos escapar, sino para atarles las manos detrás de la espalda, como es uso y costumbre, y dispuse mis pelotones; pero entonces ví con sorpresa salir del espeso bosque al gigantesco negro, á Bug-Jargal; quedé como alelado: cuando llegó hasta mí apenas podía respirar.

—Llego á tiempo, dijo. Buenos días, Tadeo.

No me dijo más palabras, señores, que las que acabo de referir, y fué á desatar á sus compañeros. Yo me quedé estupe-